



Cualquiera Tiempo Pasado

Por RAUL SILVA CASTRO

Sin dejarse llevar por la indiscreción, que puede ser una de las muchas auxiliares de la crítica literaria, puede afirmarse que Eduardo Balmaceda Valdés, hijo al conde de Benavente Celón, es uno de los más grandes de la vida para comprender los días presentes. De allí ha nacido un libro, titulado "Un mundo que se fue..." Editorial Andrés Bello, donde hallaremos un anteproyecto de las memorias autobiográficas que el autor nos queda debiendo. Pero esto de hablar de cosas junto a un libro gentil, irónico, ameno, dulce, estremecedor del placer de vivir, puede exigir una explicación aparte. Se la damos.

Es que, en realidad, la existencia no ha sido aviesa de emociones para el señor Balmaceda, y el mismo recuerda algunos viejos, el caso, el sino trágico de su familia. Uno de los suyos, no casual, por más señas, se quitó la vida el 19 de septiembre de 1891, por haber perdido la partida en el juego de una guerra civil. Con otros han sucedido, asimismo, cosas dolorosas. Y entonces echamos de menos en este libro un período, una página oscura, un capítulo tal vez, sobre Gustavo Balmaceda, hermano paterno del autor, que alcanzó a tener un nombre en la historia de Chile y se perdió súbitamente. Revise su inclinación a las letras en su hijo, Gilman, quien acaba de publicar en Montevideo un libro de cuentos, "Así como intersección".

Mayor estatura artística que todos ellos tuvo, naturalmente, Pedro Balmaceda Tercero, el camarada de Rubén Darío, el joven adolescente cuyo cuerpo disolviéndose albergaba un espíritu vibrante, abierto a todos los estímulos de la belleza.

El libro de Eduardo Balmaceda contiene sin duda valiosos elementos autobiográficos, desde las visitas a la casa de la abuela, don Encarnación Ferrández, hasta sucesos de días más recientes. Pasó por el Ministerio de Relaciones Exteriores, pasó por el periodismo, había pasado, en días juveniles, por la administración agrícola. De él podría decirse, en presencia de las páginas de este libro, que es perpetuo testamento de ocupaciones que se parecían podrían haber llenado, cada una, la vida de un hombre menos mercurial. (De dónde viene este tránsito repetido y saltante?)

No de su mal genio, desde luego, porque a quien no le conoce será buena doctrina cuanto mejor que Eduardo Balmaceda es un ser amable, cuya compañía se disputa en los salones de la gente más refinada y exquisita. Ni de su solicitud para con el prójimo es un espejo de civildad y de buen trato. Pero en fin, dejemos ya esta proximidad a la charada y digamos francamente lo que hemos creído alisar, primero, en el trato de Eduardo Balmaceda a lo largo de cincuenta y tantos años, y luego en la lectura atenta de este libro, página a página.

Podríamos hallar la explicación en el título mismo escogido para la obra: "Un mundo que se fue...". Cuantos se han ido, dan ganas de añadir: cayendo al poeta. Y así: el mundo que para un hombre se va, porque así lo lleva irremisiblemente los días, es el de la niñez, el de los pequeños hechos de la infancia, el de los primeros ensueños y las primeras amors, el de la temeraria bebida en sopitos serenos junto a la falda de la madre y acunado en las rodillas de la abuela. Y ese mundo se va para todos, y no sólo para el autor de este libro. El privilegio que ha querido usar Eduardo Balmaceda es el de tener una infancia rica de asombrosos recuerdos, y el de poder llevarlos a lo escrito, en períodos sueltos, sin alfileres y sin alfileres. Cabe anticipar, esto es, que no se hallarán aquí pasajes de extrema elegancia, pues domina una Rarona algo familiar, por lo demás la que mejor conviene a los escritores de la "haute", a quienes se les haría pesado detenerse demasiado en lo escrito para bailar, acaso, en el fondo, pidiéndole encendida, la falta de sintaxis o de gracia que quisiera inquietar a escritores del otro lado. Don Nélson Krimuritz, que también era del "smart set", llamaba "literatura agrada" a la de sus pares.

Hay, sin embargo, dispersas por aquí y por allá en el libro, ciertas observaciones que podemos llamar, grosso modo, políticas, evocadas para contraponer el ambiente y el aire de nuestros días y el aire y el ambiente de aquel mundo cuya fuga se lamenta. Si no existieran, el gace del lector acaso fuera mayor. Ya estar en pleno acuerdo, por ejemplo, con los conceptos que el autor entala en la p. 231, pero suponga,

creo o imagino que ellos huelgan en un libro como este, del cual habría podido eliminarse hasta el más ligero motivo de discrepancia.

Por su origen, por sus apellidos, por el papel histórico de su familia, por sus buenos modales, por sus aptitudes de genio, ha tenido el señor Balmaceda, por ejemplo, el destino de ser huésped de La Moneda, esto es, del palacio presidencial, bajo diversas administraciones. Pero ha llegado hasta ese título en atención a todos aquellos atributos, y no por hallarse el dotado de una especial vocación política. El amor absorbente de la cosa pública, la pugna ambiciosa de vencer a todos los adversarios potenciales y la singular aptitud de ganar y retener amigos y de convertir a los amigos en enemigos, para que sean otros tantos escalones en donde el político apoyará el pie para subir: toda esa forma la vocación política, y no es para nadie desdorado aceptar que no se la posea. El señor Araya, tocando el piano, ha olvidado la existencia de los gobiernos y de los partidos. El autor de estas insignificantes líneas, escribiendo artículos, ha olvidado colocarse en una tienda política. El señor Balmaceda, escribiendo libros, ha hecho profesión de abstracción en las contiendas cívicas que han envenenado a otros de su tiempo y de su medio.

De allí, acaso, la dulce emulación de esta obra. Recrea el tiempo de la abuela, cuando los muchachos eran de jauría y de cacha, y las meras de enseres surtidas en donde resultaban, a una, la mole del pavo dorado en el horno y las jarcas henchidas de sorbete. Para quienes han vivido en el campo, evoca asimismo el despertar con las primeras luces del alba en medio de una llovizna donde acapaban las pañadas nojas de su contrapunto el par de las avellanas entre de la ventana y el magdo sordo, distanciado hacia el horizonte, de los corongos. Evoca los salones decidos, en donde se danzaron los primeros valseos, y el teatro, donde unas ojos luminosos y chipreantes arrojan paradójicas sombras a todas las luces del escenario y del pulso de bulerías. Evoca viajes, partidas de póker, matrimonios, bautismos, reuniones, en fin, donde la gente se reía, canta y se felicitaba mutuamente por lo que ha sucedido y por lo

que puede acontecer la vida.

El lector desconcertado y asustado podrá decir que cómo ha de saber tanto en un solo libro, cuando, además, como ocurre en este caso, no son muchas las páginas que cubre. Pero no: la propin de estos libros autobiográficos es contener pequeñas estampas, que valen por sendos folios. Veamos una: "Don Javilto Zegre vivía en la Alameda, esquina de la calle Morandé. Alrededor de las diez de la mañana montaba su caballo y salía de paseo por las calles centreas; cuando hacía frío llevaba una mantita de vicuña. En un bar que había en el Pasaje Alameda y donde se servía la mejor chicha de Curacavi, don Javilto se apacaba, tomaba su copa colgando las cualidades curativas de nuestra bebida nacional y muchas veces invitaba al grupo juvenil que por allí pasaba, departiendo alegremente. Seguía después hasta la noche del almuerzo en su habitual paseo matutino". (p. 111-112).

Y entonces vemos que, cual decíamos al comienzo, el autor queda debiéndonos algunas docenas de estampas como éstas, de dibujo leve y seguro, con colores finos y algo plúmbeos de acuarela. Pero esta pluma no es falta de nervio: nada de eso. Nace ella de la delicadeza del espíritu del autor, que no ha querido herir a nadie con sus recuerdos. Hubiera de hacerse una dolorosa excepción acerca de la dama mencionada en la p. 216, quizá, dentro de mi modestísimo entender, no merece una excepción como la que ella se la hacen. (Podría esperarse que mi amigo Eduardo Balmaceda, llevado de su insalvable hidalgía, quiera moderar o corregir aquella imputación en las nuevas ediciones de su libro?)

Las cuales, por la demás, habrán de venir pronto. El libro ha sido leído con entusiasmo y delicia por muchas personas. Durante, algunos días, en leyendo uno a una visita o a una reunión cualquiera, la pregunta usual ha sido: "¿Ha visto usted el libro de Balmaceda?". Y la respuesta era generalmente afirmativa, porque no había, no saber nada de él habría sido difícil para perdonar. Dado singular éxito parece deberse, a un mismo tiempo, a la evocación de aquel mundo que se fue y a la excepcional simpatía que el autor despierta en este mundo que sigue palpitando a su lado.

Cualquiera tiempo pasado [artículo] Raul Silva Castro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva Castro, Raúl, 1903-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cualquiera tiempo pasado [artículo] Raul Silva Castro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile